

EL
ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*La Amistad*, por José Lamarque de Novoa.—*¡Adios á Valencia!* por Mariano Ponz.—*El Velo blanco*, por Mme. de Boigontier.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Modas*, por Pamela.—*Labores*, por Pamela.

Con este número se reparte un pliego de patrones y el once del tomo quinto de la *Galería de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

XXVII.

MÉLIDA Á LA CONDESA.

C... de 18...

Soy mujer, y débil como tal, madre mía: la culpa es mi herencia, como pobre y simple mortal, y tal vez sin poderme dar cuenta de ello, caeré en la culpa: mas puedo asegurarte que jamás tendrá parte en ello mi voluntad.

No puedo negarte que el esposo de mi hermana ha hecho en mi ánimo la mas fuerte impresion que he experimentado en mi vida: ¿y porqué lo habia de negar? si Clara misma me interrogase acerca del estado de mi corazon, tambien á ella le diria la verdad: porque solo la verdad puede salir de mi boca; porque la verdad es para mí lo mas augusto que reside aca abajo.

Y cuando á nadie disfrazo lo que siento, lo habia de hacer contigo, madre mia? contigo, mi mejor, ó mas bien, mi única amiga? no! he aquí abierto para tí mi corazon, como el libro blanco y limpio, en que hay escritas todavia po-

cas páginas: ¡la última es bien triste! esperemos otras mas consoladoras.

Yo no he podido defenderme, madre mia, de la impresion que ha hecho en mí Camilo; con tu gran talento habrás conocido demasiado que hay en él algo que ningun otro hombre de los que yo he podido ver posee: pero ¿acaso en los combates, los guerreros que anhelan fama y gloria no buscan para luchar con él, cuerpo á cuerpo, al enemigo mas formidable?

Yo no he buscado el peligro; pero este se me presenta, y no huiré delante de él.

Una compañera mia de pension, que leia libros á hurtadillas de nuestra directora, me prestó una vez uno, en el que trataba de una mujer que habia muerto víctima de una pasion que no habia podido vencer: á la verdad, tal historia no me conmovia, porque solo lo que se aproxima á la verdad me convence y me hace sentir; y no creo invencibles mas que los sentimientos legítimos.

Esta ansiedad de mi espíritu, esta tristeza que hace algunos dias me rodea, este agobiador recuerdo de Camilo, todo esto desaparece al contemplar á mi marido dormido á la suave luz de la mañana, despues de consagrar la noche al estudio, para sobresalir en el aula.

—Hé aquí, me digo, al compañero de mi vida! ¿cual otro podiais haberme dado mejor, Dios mio? como el jóven Tobias, emprende su camino con la frente serena, el alma llena de inocen-

cia, el corazon henchido de esperanzas! todo lo que hay en la humanidad de mas precioso, otro tanto me ha entregado á mí con la mas sublime confianza; su amor primero, el honor de su nombre, la felicidad de su vida; ¡oh, santo lazo del matrimonio! ¡cómo hay quien desconozca tu nobleza y la dulzura que te acompaña!

No podré nunca comprender, madre mia, á la mujer infiel á sus deberes conyugales; no temas darme consejos; porque los que me envias en tu última carta me son tanto mas preciosos, cuanto que me afirman en la idea que yo habia tenido siempre del amor y de los lazos del matrimonio; creo que es mil veces preferible el marido al amante; aquel tiene, en su favor, la gratitud: este, involuntariamente, quizá solo puede causar la desgracia, la ruina, y la desolacion de una familia.

Pero no puedo aquí estenderme en consideraciones impropias de mi inesperienza y de mi absoluta ignorancia de la vida: te hablaré de mi situacion actual para que te tranquilices: no quiero que me tengas por desgraciada, porque no lo soy: si sufriese mucho, te lo diria: pero aparte de alguna tristeza y desaliento, veo la vida *por su buen lado* como dice el señor cura de Urrea, y la hallo agradable y bella.

Llegamos á esta ciudad hace cuatro dias, Bautista, Honoria y yo: como mi casita estaba arreglada y amueblada de antemano, me dió poco que hacer.

La criada nos esperaba con una ligera colacion dispuesta: es de Urrea y la ha buscado y enterádola de nuestros gustos, madre Catalina: ah, mamá! qué buena, qué honrada, que amorosa mujer, es la madre de Juan! á través de su ruda corteza, qué corazon tan bello! qué sensibilidad posee! qué delicadeza de corazon! ha pensado en los menores detalles que nos puedan hacer agradable y cómoda nuestra estancia aquí.

Ví, al entrar, los dos lindísimos escritorios que has enviado para nosotros y el reloj de bronce: mi madre Catalina no sabia nada de este regalo, por cuanto nada nos ha dicho. Yo, al verlos, derramé lágrimas de alegría y gratitud, y Juan estuvo mirándolos mas de una hora, abriendo y registrando sus cajones con la puerilidad de un niño.

Tomamos algun refrigerio y acompañamos á Honoria al cuarto que le habia destinado madre Catalina, y que la dama mas aristocrática y mas inteligente, por lo que toca á delicadezas no hubiera podido disponer mejor.

¡Cómo suple la nobleza del corazon hasta la educacion misma! ó mejor dicho, cómo fructifica la mas pequeña semilla en el hermoso terreno de esas almas tiernas y llenas de la poesia del amor!

Al dia siguiente, así que se levantó Bautista, fué á presentarse á los catedráticos que le acogieron paternalmente: y apenas serian las doce, cuando empezaron á llegar visitas, con mucho asombro mio, pues no creia que nadie estuviese enterado de nuestra llegada.

Todas las familias principales de esta reducida capital de provincia de tercer orden, se han hallado hoy en mi pequeño salon, y he creido comprender, por el modo con que se saludaban unas señoras á otras, que era cosa convenida el venir todos aquí.

—Los trae la curiosidad, me dijo Honoria á las dos de la tarde cuando se marcharon los últimos, y no han podido esperar á que pasase á lo menos el tiempo necesario para que Vds. descansasen: amiga mia, una capital de provincia, como esta, es mucho peor que una aldea: allí, á lo menos, se disfruta de libertad: aquí hay que vestirse, recibir y devolver visitas y ser el pasto de la murmuracion de todas estas gentes.

Ya ves, mamá, cómo mi espíritu, aunque abatido, recobra con poco esfuerzo su tranquilidad: no temas por mí: escribiré á Clara, y la invitaré á que se venga contigo á mi lado: pero esa carta la he de meditar, para que no vislumbre la llaga que no temo esponer ante tus ojos.

MÉLIDA.

(Se continuará.)

Maria del Pilar Sinués de Marco.

LA AMISTAD.

A ERCILIA.

Alivio del mortal infortunado
Que triste llora en perdurable duelo,
Dulce Amistad, que plácido consuelo
Ofreces á mi espíritu agitado;
Deja que te bendiga entusiasmado,
Y de mi lira al son con vivo anhelo
Feliz te aplauda, por tu amor suspire,
Y el númen seas que mi mente inspire.

Mas, ah, ¿cómo pudiera tu alabanza
Dignamente entonar? En tí se encierra

La ventura mas alta que en la tierra
El generoso corazon alcanza.
Tú nos brindas segura bienandanza,
Y si adversa la suerte nos aterra,
Eres el puerto donde el alma olvida
Las fieras tempestades de la vida.

¡Oh, cuán grata es tu voz! mas armoniosa
Llega á mi oído que del vago viento
El dulce murmurar; que el suave acento
De la tórtola amante y cariñosa:
Ella aleja benigna y amorosa
El amargo pesar y el desaliento,
Y la esperanza con fulgor divino
Alzase á su poder en mi camino.

Yo creo escucharla en la floresta umbría
De la tarde en el último suspiro,
O cuando el aura en incesante giro
Lánguida gime al despuntar el día:
Yo creo escucharla llena de armonía
En mi ignorado y plácido retiro,
Cuando en la noche, con temor profundo,
De inmensa oscuridad se cubre el mundo.

¡Bienhechora deidad! Plácido sueño
Cierra mis ojos á tu voz suave,
Cesa de mi inquietud el peso grave
Y lo futuro á ver torno risueño;
Y aunque en mi corazon, con duro ceño,
El dolor su puñal de nuevo clave,
Firme resistiré su enojo insano
Si tú me tiendes, Amistad, la mano.

Y tú, mi Ercilia, en cuya noble frente
De saber, de virtud y de hermosura
Rica diadema brilla, siempre pura,
Cual de espléndido sol rayo fulgente;
Tú en cuyo canto inspiracion ardiente
Anhelante bebí y alma ventura,
Deja que en tu amistad mi dicha vea:
¡Oh, tan supremo bien eterno sea!

Sevilla.

José Lamarque de Novoa.

¡ADIOS A VALENCIA!

La naturaleza es un gran cuadro.

Tan grande, que al llevar los ojos sobre él,
es preciso confesar que Dios es el pintor por excelencia.

Lienzo sobre el cual corrió el pincel del supremo artista: el vacío.

Pintores de la tierra, atreveos á trazar rasgos sobre el vacío.

Rosa, Vandik, Ticiano, Rafael, cubrios el rostro de rubor, y abrid los ojos con asombro.

El sol brilla en la mitad del cielo.

Parece la corona del universo.

Osareis pintar el sol?

Ha habido poetas que cantaron al arte.

Las naciones tienen á vanidad el poseer grandes museos de pinturas.

Los grandes hechos de la historia han sido pintados en lienzos.

El arte ha pintado más de una civilizacion.

Ha conseguido más todavía.

Yo he visto llorar á una mujer hermosa, contemplando un cuadro de Murillo.

El arte es, pues, grande.

Y, sin embargo, á igual propósito pudiera decirse; «el arte es pequeño.»

Reunid, sinó, los cuadros que han pintado todos los artistas de la tierra, y colocadlos ordenadamente sobre una gran llanura.

Y bien?

Aquellas cascadas que representan un millon de lienzos, no suenan tanto como el metal de la pluma, con que estoy escribiendo, al resbalar sobre el papel para formar la letra *a*.

Aquel sol reproducido en otro millon de cuadros, no me dá luz bastante para ver el Mont-Cenis, ni siquiera una chispa para encender mi cigarro.

Garzas reales de los lienzos, blancos cisnes de las lagunas que trazó la mano del artista, estoy bien sin vosotros.

Una gabiota agitará sus alas en la orilla del agua, chillará y tornará á volar.

No será el arte pálido á su lado.

Venus y Elenas de almazarron, aprisionadas en marcos de oro, nada sois para mí.

Llevaré la vista y el alma lejos de vosotras, así que pase á mi lado una mujer, que no sea de almazarron.

Supongo ahora que empieza á soplar un huracan desde un agujero del universo.

El huracan barre la superficie del Océano, y os destroza, y os sepulta para siempre.

Y bien?

El mundo sigue su marcha magestuosa.

Es igualmente dichoso que hoy.

Las mujeres hermosas continúan siendo muy amadas de los hombres, á quienes hacen escasa falta las mujeres de vuestros lienzos.

Sin embargo, yo amé al arte, y voy á des-

cender á un detalle que me es necesario para continuar este artículo.

No hay un cuadro de pintor, por malo que sea, que no contenga algo de bueno.

No hay un buen cuadro de pintor, que no contenga un detalle superior al resto del cuadro.

Hay cuadros que son buenos precisamente porque no contienen otra cosa superior á aquel detalle ó á aquel rasgo.

La belleza pintada tiene el pudor del recogimiento; se replega á un punto del cuadro.

Arrancad el lienzo del marco, pero dejad aquel solo punto.

El arte existirá.

Después de haber leído estos renglones, id á dar un abrazo á Nadár, y subios en el *Gigante*.

A vuestros piés hormigueará la naturaleza.

Contemplareis el sublime cuadro de las seis pinceladas. Vengo á mi propósito.

En este gran cuadro, la belleza ha tenido igualmente el pudor del recogimiento.

La belleza de este cuadro se ha replegado á Valencia. Se puede decir:

El universo es un buen cuadro porque existe Valencia. Sepultad en los abismos al universo; pero no toqueis á Valencia.

El arte no habrá desaparecido, el arte supremo, el arte del gran pintor.

II.

El autor de este artículo no ha nacido en Valencia; pero ama á Valencia.

Se me ocurre una reflexión apropiada de la noticia que acabo de comunicar á mis lectores.

El amor al país natal no es siempre una verdad en todas partes.

Hay gallegos que muchas veces dicen que no lo son. Hay muy pocos jóvenes que no sientan fuertes deseos de viajar.

Además, hay un refrán cruel.

Nadie es profeta en su patria.

Un sábio ha dicho que no debe amarse á la tierra natal mas que para morir en ella.

Sin embargo, cualquier valenciano os dirá que ama á Valencia para vivir en ella mejor que para que le entierren en ella.

Desafío á todos los sábios del mundo á que me prueben que en Valencia la muerte es un placer.

Y vuelvo á decir que amo á Valencia estrechamente.

Se continuará).

Mariano Ponz.

EL VELO BLANCO.

POR

MADAME DE BOISGONTIER.

(Continuacion).

II.

La mañana siguiente al día en que la escena que precede tuvo lugar, unas tijeras mutilaban la blanca muselina, y Mme. de Mérande presidía por sí misma el empleo que de ella se iba á hacer. Un vestido y un velo salieron de la pieza.

El vestido de dos faldas.

El velo bastante ancho y largo, para que, después de guarnecido con un encage, pudiese llegar al suelo, y envolver graciosamente á la que estaba destinado.

Esta joven era la señorita Paulina de Mérande, y el blanco traje, el de su primera comunión.

Cuando se contempla á las jóvenes que van á acercarse por la primera vez á la sagrada mesa, se suele decir que este día y el de sus bodas son los mas espléndidos de la vida.

Peró sean cualesquiera los favorables auspicios con que se lleve á efecto el matrimonio, ¿cómo comparar la dicha forzosamente mezclada de inquietud que inspira, á la celeste exaltación que la primera comunión hace nacer en esas almas tiernas é infantiles?

Y sin embargo, no todas las jóvenes que comulgan por la primera vez, sentirán las mismas emociones, y en el mismo grado: la educación hace á muchas vanidosas y frívolas, y solo ven, en este acto—uno de los mas importantes de la vida—las pompas de la ceremonia: sería quizá dado á estas criaturas explorar todas las zonas terrestres, pero su alma es un país inculto y esterilizado por los estragos de una educación viciosa, ligera é insustancial.

El día de su primera comunión, el alma de Paulina de Mérande fué inundada de una felicidad suprema; la noche anterior, habia admirado complacida su traje y su velo; el día mismo no pensaba en ellos, y al día siguiente, las blancas insignias fueron depositadas por ella en una caja de cedro que habia mandado hacer expresamente, y las dobló con profundo respeto, inspirado mucho menos por lo esquisito y caro de la tela, que por las divinas aspiraciones que estos objetos evocaban.



Mme. de Mérande era viuda, é idolatraba á su hija: ella era quien la habia criado, y ella era su sola institutriz; esto hará comprender y escusar la obstinacion que habia demostrado, á propósito de la adquisicion de la muselina.

Poseia, por legado de su marido, una tierra en Auvernia, y desde que marzo llegaba con sus promesas de follage y los gorgoros de los pájaros, salia de París, y no volvia hasta noviembre. Estas peregrinaciones se hacian con una regularidad perfecta; su vida entera estaba arreglada de un modo invariable, y nada es tan dulce como estas existencias uniformes; que ciertamente los que gustan de lo imprevisto, no se acomodan á ellas; pero los que tienen horror al desórden, las buscan; los dias bien ordenados ofrecen un fenómeno extraño; parecen á la vez muy largos y muy cortos; largos, si se considera de cuantas ocupaciones agradables é interesantes se les puede llenar; cortos, si no se vé mas que la rapidez conque se pasan.

Durante una de estas estancias en Auvernia, rogaron á Paulina que tuviese á un niño en la pila bautismal.

No era la primera vez que semejante súplica era presentada á Mme. de Mérande; por largo tiempo habia ella rehusado por su hija, no aceptando por ella misma, si no muy rara vez; habia enseñado á Paulina á ver en un bautismo otra cosa que bombones y flores;—consentir en ser madrina, le habia dicho con frecuencia, es comprometerse á suplir al padre y la madre si el niño los perdiese.—

Esta vez, sin embargo, Mme. de Mérande, concedió á su hija el permiso de dar su nombre al hijo del jardinero.

III.

Paulina habia llegado ya á los diez y ocho años, y comprendia la importancia del empeño que habia contraído; lo comprendia tan bien, que rogó á su madre que asegurase á la recién nacida una suma tomada de su dote; esto era por lo que respecta á lo temporal; en cuanto á su inteligencia y á su corazon, prometió á Dios con fervor velar por una y otro; el hecho de abrir á este pequeño ser las fuentes del bautismo parecia tan solemne á la señorita de Mérande, que quiso en algun modo aumentar esta solemnidad, prestando al niño su velo de primera comunión con el que cubrió su inocente cabecita.

La iglesia donde debia tener lugar la ceremonia, estaba situada bastante lejos del castillo,

al pié de la montaña, y el camino que conducia á ella seguia las sinuosidades de un arroyo, bastante profundo; ademas, por este camino no se podia ir en coche, y todos debian atravesarle á pié.

Al volver, Paulina, recogida y grave, marchaba silenciosa, cuando de repente dejó escapar un grito, y descendió rápidamente por el declive bastante espeso que conducia al arroyo.

El velo de fina muselina que tanto estimaba, y que, ademas del recuerdo de su primera comunión, debia recordar en adelante el de este dia, se habia desprendido de la gorrita del niño, y flotaba sobre el agua, ligeramente hueco como la vela de la embarcacion de una sifide.

Al quererle asir, el pié de Paulina se resbaló y bien pronto la corriente la hubiera arrebatado, si en el otro lado un brazo vigoroso no la hubiera asido al pasar, llevándola á la orilla.

Todo esto habia sucedido en muy poco tiempo; y tanto Mme. de Mérande, como las buenas gentes que la rodeaban, se habian apenas dado cuenta, cuando ya Paulina les sonreia al otro lado del arroyo.

En cuanto á su libertador, habia desaparecido. Mme. de Mérande atravesó el arroyo sobre un tronco de árbol que se encontraba en el punto mas próximo á ellos, estrechó á su hija en sus brazos, y le echó un chal sobre los hombros; en seguida buscó alrededor de sí aquel á quien queria dar gracias con toda la efusion de su alma, pero con gran sorpresa no pudo apercibirle.

Su asombro no fué de larga duracion: el que se habia encontrado allí, justamente al punto, si no de arrancará Paulina á la muerte, á lo menos para evitarle los inconvenientes de un baño intempestivo, reapareció prontamente, teniendo en la mano el velo de muselina, apenas mojado, gracias á su ligereza. Este servicio fué el que mas le agradeció Paulina. Ciertamente los socorros que este desconocido le habia prestado, habian llenado su corazon de reconocimiento pero el hecho de volver á estar por él en posesion de un objeto que habia creído perdido, y al que concedia tan gran precio, daba á ese reconocimiento una vivacidad que sus ojos espresaron con abandono.

(Traduccion).

(Se continuará).

Maria del Pilar Sinués de Marco.

REVISTA DE LA SEMANA.

Un beau mal.—Conciertos al aire libre.—El riego y los que riegan.—Carencia de noticias.—Consecuencias de un madrugon.—Madrid ha fallecido.—D. Antonio Flores.

Silvia, una espiritual mujer, con cuya amistad me honro hace tiempo, me ponderaba ayer tarde las ventajas que tienen los conciertos de noche sobre los conciertos de día.

—¿Y por qué? le pregunté yo curioso.

—Porque de día, me respondió, solamente se oye la música.

—¿Y de noche?

—De noche... *se escucha*.

Después de hacer un viaje alrededor de estas dos frases, he llegado á convenerme de que mi amiga tiene razón. Y de una en otra consecuencia, he venido á parar á la convicción, no menos profunda, de que la empresa de los Campos es tan espiritual y tan inteligente como mi amiga Silvia.

Desde que escribí mi última *Revista*, hasta el momento, he asistido á tres conciertos, y en todos ellos he hallado algo capaz de agradar al espectador mas indiferente.

Y es que en los Campos Elíseos, no se encuentra lo agradable en lo absoluto, sino en lo relativo.

Por ejemplo, en la concurrencia. Dígase lo que se quiera, en los Campos hay tranquilidad en medio de la confusión, y paz en medio de la algazara. No me frunza el ceño alguna lectora, porque de seguro he de responderle:—Sí, señora mía, allí hay de todo, como en la viña del Señor, ó mejor dicho, hay mas todavía, porque yo no tengo noticia de que en la viña del Señor hubiera media docena de rubias como las que el domingo me aplastaron graciosamente el sombrero, al sentarse cerca de mí, en lo cual salí muy honrado.

Los fátuos,—que son muchos,—se han empeñado en probarnos que aquí no es posible vivir y que es preciso dejar á Madrid en el verano. ¡Calumnia! Yo tomo la palabra en representación de la villa y corte, y puedo probar á ustedes que Madrid es un paraíso, sí, un paraíso, que no se diferencia del primitivo, mas que en la sobrada abundancia de Adanes.

Vamos á ver, señores *bañofogos* (aficionados á los baños, con permiso del diccionario), ¿negarán Vds. que en la semana pasada hemos gozado de deliciosas noches? Entre el riego y el agua que el cielo ha tenido la bondad de rega-

larnos, nos hemos encontrado tan frescos, que no ha habido mas que pedir, y todos hemos sido hombres al agua.

¿Pues, y el riego? ¡Oh! Eso es magnífico! Esas aguas, que caen en forma de lluvia sobre los sombreros de los madrileños; que ponen las calles como si estuviéramos en el día siguiente á una inundación de las mas espantosas... ¡eso es piramidal, incorregible! Es preciso escribir una oda á los talentos de esos hábiles dependientes del Ayuntamiento, que riegan á la vez las calles y los cuartos cuartos; es preciso escribir un himno á los regadores, un himno que podremos llamar... ¿cómo le podremos llamar? Ah, ya; el himno de riego!

Renuncio á veranear; renuncio á los placeres de la trasportación, y me declaro defensor acérrimo de las gentes que aquí se quedan. A muertos y áidos, no hay amigos. ¡Qué caricatura ofrece un viajero seguido de un gallego que baja con él á la estación del mediodía! ¡Digo! Y un gallego que lleva el *mundo* á la espalda! Siquiera yo, soy mas omnipotente; tengo el *mundo* á mis piés, junto á la mesa de noche. Esto se llama tener *sindéresis*, como dice la gente culta.

¡Válgame Dios!—Están diciendo ahora la mitad mas una de mis lectoras—¡qué hombre tan parlanchin y tan insufrible! ¡Pues no hace media hora que está hablando y todavía no ha dicho nada que tenga que ver con los sucesos de la semana!

Tiene V. mil razones, señora, responderia yo si tal oyera; pero póngase V. en mi caso, recorra V. á grandes pasos, como yo suelo, todas las calles de Madrid y sus alrededores, y verá V. lo que sucede. ¡Aquí no sucede nada! Las gentes madrugan, van al Retiro, ó á bañarse, y yo no puedo ver lo que hacen; lo primero, porque yo no madrugo, y lo segundo, porque yo no me meto en el baño ajeno. De doce á tres, no se ve gente por las calles. A la hora de comer, ¿quién deja la mesa por ir á buscar noticias? Y por la noche no hay nada de notable mas que los conciertos de Gaztambi-de, que han sido el primer objeto de estas líneas.

En este momento oigo en la calle el siguiente diálogo, que me anima á continuar haciendo en adelante lo mismo que ahora hago.

—Adios Luisa; ¿cómo es que no vas al Retiro?

—Sí voy.

—¿Cuándo?

—Por la tarde.

—Yo te decia por la mañana...

—¡Madrugar! ¡Horror!

—Y por qué no madrugas, querida?

—Porque eso produce funestos resultados.

Un amigo mio madrugó una vez, la única en su vida...

—¿Y bien?

—Al dia siguiente habia muerto.

—¿Es posible?

—Sí; se cayó por la escalera de su casa y reventó.

—Cómo quieres tú que yo madrugue? ¡Nunca!

Suplico al respetable público [tenga la bondad de esperar ocho dias á que suceda algo digno de ocupar las columnas de un periódico. Hoy por hoy, Madrid *está muerto*. Así pues, se suplica el coche.

Mas... hé aquí que tengo que cambiar repentinamente de tono, y aun de estilo, al recordar una noticia triste y dolorosa. El párrafo que acabo de escribir ha venido á recordármela.

Don Antonio Flores ha fallecido. Buen poeta, buen prosista, buen esposo, buen padre y buen ciudadano, ¿no es acreedor al recuerdo de todos los buenos?

Las musas han perdido uno de sus mas dignos hijos. Le lloramos todos sus amigos, y nuestro sentimiento es su mejor corona.

Eusebio Blasco.

MODAS.

El sol brilla en todo su esplendor, enviando á la tierra sus rayos abrasadores, y los trages son ligeros y vaporeos como los de las hadas de las leyendas, y como los de las bellas jóvenes que hallamos en las poéticas narraciones de Walter Scott y de Jorge Sand.

En los grandes almacenes de las sacerdotisas de la moda, se ven solo trages, tan sencillos y frescos, de matices tan armoniosos como las flores que esmaltan los campos: estos trages hacen resaltar de una manera maravillosa la belleza de la mujer, y le prestan un encanto indefinible, pero que no por eso es ménos seductor.

Como tenemos muchas aristocráticas suscriptoras, empezaré por describirles un elegante traje, hecho espresamente para carruaje, y que se utilizará, no aquí, sino en el pintoresco y encantador *Bois de Boulogne* de Paris, despues de

lucirle una tarde ó dos en un caruajito de verano, en el camino de Biarritz á Bayona.

....

Es de gasa de Argel blanca, de dos faldas: la segunda está rayada de seda color grana: la primera es blanca toda; en la parte inferior de esta, van fijados copos de cinta grana, velados graciosamente por un ligero encaje negro: la segunda falda está orillada de un encaje negro, al que sirve de cabeza un escarolado de cinta grana.

Ya no se hacen cuerpos en estos bellos y ligeros trages: se llevan con una camiseta blanca de tul, ó de finísima muselina, y sobre ella, en el pecho y espalda, el gracioso *coselete milanés*, del que dimos un modelo en el figurin que repartimos con el número correspondiente al 31 de mayo.

Esta moda, que se inició con la primavera, reina en el estío, en beneficio del buen gusto y de la comodidad: la camiseta blanca tiene algo de *negligé*, y es inadmisibile para trages esmerados: pero añadiéndole el cuerpo *milanés*, abierto por los lados, y hecho de la gasa del vestido, es elegantísima, y nada pierde de su cómoda ligereza: para el traje que describimos, el cuerpo interior debe ser de gasa blanca como la primera falda, y el coselete de gasa rayada como la segunda, y guarnecido en sus bordes por un ruche de encaje negro, cojido por el centro con una cinta estrecha color grana.

Las mangas, casi del todo ajustadas, son de gasa blanca, y llevan por hombreras copos de cinta grana velados por encaje negro: un ruche, de encaje y cinta, adorna la parte inferior.

Para este traje, habia preparado un sombrero de paja de arroz, forma *Imperio*, ornado de una larga pluma blanca, y con un velo blanco rodeado de un dobladillo, por el que pasa una cinta grana.

....

La alpaca blanca ó de matices muy claros, está llamadn este año á hacer tan gran papel en las poblaciones de baños, como en el pasado.

Hemos visto un traje, destinado á una señorita muy joven y linda, tan sencillo como fresco: es de alpaca gris plata, y todo su adorno consiste en una cinta azul azulina, sosteniendo presillitas de galon negro y azul, alternadas entre sí; esta cinta forma pirámides en los paños de la falda: el pequeño paletot que completa el traje, está adornado con pirámides mas peque-

ñas, y en las mangas las hombreras están formadas de la misma suerte.

El sombrero es redondo, guarnecido de pluma blanca alrededor de la copa.

La seda y toda clase de telas fuertes, se hallan desterradas hasta setiembre, y quizá hasta octubre: las telas, como todo, dependen de la oportunidad: hay cosas de gran valor que en ciertas ocasiones son insoportables, y otras de escaso mérito, que, según la ocasión también, hallamos preciosas.

París, la población mas aficionada á la seda que conozco, la ha desterrado por ahora también.

En las últimas carreras del bosque, solo se veían trajes de muselina y de gasa de Chamberí.

La jóven condesa D..., que acaba de casarse, llamó mucho la atención por la sencillez y frescura encantadora de su traje.

Era de muselina fina y vaporosa como la espuma que levantan las olas, sembrada de lunares negros; la falda muy larga, y de una cola extraordinaria, no llevaba ningun adorno: una larga casaca de la misma muselina, adornada de ligeros bordados de canutillo blanco, y una espléndida cintura grana y negra á listas, completaban su atavío, y mas como adorno de sus hermosos cabellos rubios, que como abrigo de cabeza, ostentaba un sombrerito Wateau, adornado de capullos de amapola, ramas verdes y espigas de paja. De este gracioso tocado descendía un velo blanco.

La mayor parte de las damas que ponen las leyes de la moda, llevaban *bouquets* de acianos y amapolas, es decir, azules y rojos, en honor del conde de Lagrange, el héroe de las carreras, el dueño de los mejores caballos del mundo; y los cocheros y *sporment*, llevaban en sus sombreros y gorros, cucardas de estos colores, que son los del conde.

Hay en París una notabilidad, una mujer mas de moda, mas buscada, mas pagada, que la mas célebre artista.

Es la peluquera Mme. Flamand, rival del gran Leroy, el rey de los peluqueros.

Mme. Flamand se ocupaba de rizar las la-

nas y de confeccionar los tocados y los lazos con cascabeles de plata de los perritos americanos.

Ahora que las damas mas elegantes se rizan los cabellos, ella ha utilizado su habilidad para los pequeños canes, en las cabezas femeninas.

Riza los cabellos, los ondula, y forma con ellos copos y rizos, coronas y tufos como nadie.

Dicen que su fisonomía es vivaz y simpática: su mano dulce y coqueta, su imaginación fantástica y caprichosa.

Mme. Flamand ha estado yendo durante muchos dias á peinar á la gran duquesa Maria de Rusia, y despues á sus dos perritos habaneros.

Es también la peluquera de la princesa Matilde y de su perrita Bebe, la que llama la atención por sus lazos de encaje y sus cintas rosa ó azules, colocadas entre los rizos de sus lanas.

Peina igualmente á Miss Schiteler, una inglesa encantadora, y á su perrita Emma, que cabe en la mano cerrada.

En mi próxima revista, la pasaremos á las novedades que se ostentan á las orillas del mar.

Pamela.

LABORES.

El pliego de patrones, que repartimos, es de una chaqueta con chaleco anexo, para niño: esta chaquetase puede hacer en la estación presente en lana dulce gris, bordándola, según indica el dibujo, con soutache negro, ó bien de piqué color de maíz, también bordada en negro, pero con soutache de lana para que pueda labarse.

N.º 1. Mitad de la espalda.

N.º 2. Delantero: se une por el hombro á la espalda por las letras B. C.

N.º 3. Costadillo: se une á la espalda por las letras D. E., y al delantero por las letras F. G.

N.º 4. Manga.

N.º 5. Delantero del chaleco que se une á la chaqueta por la costura del costado.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 11.